

una divinidad sóbria, no ofendian ya á las miradas de los vivos. El pasajero que leía en una columna fúnebre esta sencilla inscripcion:

PERICLES, DE LA TRIBU ACAMANTIDE,
DU BOUR DE CHOLARGUE,

se admiraba sin sentir envidia alguna. Ciceron nos representa á Atico vagando por entre estos sepulcros y venerando sus augustas cenizas; pero en el dia ya no podria decir lo mismo, porque tambien han sido destruidos aquellos sepulcros. Los ilustres muertos que los atenienses colocaban en las afueras de la ciudad para que estuviesen como de avanzada, no se levaniaron para defenderla, y sufrieron que los tártaros la conculcasen. "El tiempo, la violencia y el arado, dice Chandler, lo han igualado todo." El arado está aquí demás, y esta advertencia pinta mejor la desolacion de la Grecia, que cuantas reflexiones pudiera yo hacer.

Aun me quedaban por ver en Atenas los teatros y los monumentos de lo interior de la ciudad, y á esto dediqué todo el dia 26. Ya dije, y nadie lo ignora, que el teatro de Baco estaba al pié de la ciudadela, hácia el lado del monte Hymetto. El Odeon, comenzado por Pericles y concluido por Licurgo, hijo de Lycophronte, quemado por Aristion y Sila, y restablecido luego por Ariobarzanes, estaba cerca del teatro de Baco, con el que tal vez comunicaba por un pórtico. Es probable que en aquel mismo sitio existía otro teatro edificado por Herodes Atico. Las gradas de este se apoyaban en el declive del monte que le servia de cimiento. Sobre estos monumentos se han ver-

tido diferentes opiniones, y Stuart encuentra el teatro de Baco donde Chandler creyó ver el Odeon.

Las ruinas de este teatro valen bien poco, y no me causaron admiracion, porque habia visto en Italia teatros mas espaciosos y mejor conservados; pero no dejé de hacer una observacion muy triste en verdad, y es que en tiempo de los emperadores romanos, cuando Atenas era todavía la escuela del mundo, los gladiadores tenian sus sangrientos combates en el teatro de Baco. Ya no se representaban en él las obras clásicas de Eschylo, de Sófocles y de Eurípidés; á todos estos espectáculos que dan una grande idea del ingenio del hombre, y que forman la noble diversion de las naciones civilizadas, sucedieron los horrores de sangrientos y bárbaros combates. Los atenienses concurrían con tanta ansia á estas atrocidades, como habian acudido á las Dionisiacas. ¿Cómo habia podido descender á tanta bajeza un pueblo que tanto se habia elevado? ¿Qué se habia hecho aquel altar de la Compasion que se veia en medio de la plaza pública de Atenas, y del que colgaban los suplicantes las trenzas de sus cabellos? Si los atenienses eran, segun Pausanias, los únicos griegos que honraron la Compasion, mirándola como el consuelo de la vida, ¿cuánto habian degenerado ya! No fueron por cierto los combates de los gladiadores los que dieron á Atenas el renombre de la *sagrada morada de los dioses*: tal vez los pueblos, lo mismo que los hombres, suelen ser crueles en la decrepitud como en la infancia; tal vez se estingue el génio de las naciones cuando todo lo ha inventado ya, cuando todo lo ha recorrido, cuando todo lo ha gozado, y fastidiado de sus mas sublimes producciones, y hallándose incapaz de otras nuevas, se embrutece, y vuelve á las sensaciones puramente físicas. El cristianismo impedirá á las

naciones modernas el que mueran en tan deplorable vejez; pero si pudiésemos suponer que se estinguiese entre nosotros toda religion, no me admiraria que resonasen tambien los gritos del gladiator moribundo donde se oyen hoy los ayes de Fedra y de Andrómaca.

Despues de haber visitado los teatros entramos en la ciudad, y dirigimos una mirada al Pórtico, que sin duda formaba la entrada del Agora. Nos detuvimos en la torre de los Vientos, de que Pausanias no hace mencion, y cuya descripcion debemos á Varron y Vitrubio. Spon refiere algunos pormenores junto con la esplicacion de los vientos, y Stuart la describe completamente en sus *Antigüedades de Atenas*: Francisco Giambetti la dibujó en 1465, época del renacimiento de las artes en Italia. En tiempo del padre Babin, esto es, en 1672, creíase que la torre de los Vientos era el sepulcro de Sócrates. No hablaré de algunas ruinas de orden corintio, que se toman por el Pæcilo, por restos del templo de Júpiter-Olímpico, ó por el Prytaneo, y que acaso no pertenecen á ninguno de estos edificios. Lo que se puede asegurar es que no son del tiempo de Pericles. Nótase en aquellos restos la grandeza romana, pero inferior en gusto: á primera vista se conocen en Atenas las obras de los emperadores romanos, que desdican infinito de las sublimes del siglo de Pericles. De allí fuimos al convento francés á devolver la visita que me habia hecho el único religioso que existe. Dentro de la cerca del convento está el monumento corágico de Lysicrates, y en este último monumento acabé de pagar mi tributo de admiracion á las ruinas de Atenas.

Esta elegante produccion del génio griego fué conocida por los primeros viajeros con el nombre de *Fanari tuo Demosthenis*. “En la casa que acaban de comprar los padres

capuchinos, decia el jesuita Babin en 1672, hay una antigüedad muy notable, que permanece intacta desde el tiempo de Demóstenes, y que vulgarmente se llama la *Linterna de Demóstenes*.¹

Pero despues se ha averiguado,² y Spon fué el primario, que este es un monumento corágico erigido por Lysicrates en la calle de las Trípodas. Mr. Legrand presentó hace algunos años en el Louvre el modelo en barro cocido,³ cuyo modelo era perfectamente igual al original, con solo la diferencia que el arquitecto, para dar sin duda mas elegancia á su trabajo, habia suprimido la pared circular que llena los intercolumnios en el monumento original.

No deja de ser ciertamente uno de los caprichos mas chocantes de la fortuna, el haber dispuesto que un capuchino se albergase en el monumento corágico de Lysicrates; pero lo que á primera vista parece tan estraño, se hace tierno y respetable cuando se meditan los felices resultados de nuestras misiones, y cuando se piensa que mientras un religioso francés hospedaba en Atenas á Chandler, otro de la misma nacion socorria á otros viajeros en la China, en el Canadá y en los desiertos del Africa y de la Tartaria.

“Los francos, dice Spon, no tienen en Atenas mas que la capilla de los capuchinos, que está en el *Fanari tuo Demosthenis*. Cuando estuvimos en Atenas, no encontramos mas que al padre Serafin, hombre muy honrado y á quien un turco de la guarnicion robó un dia su cingulo de

1 Parece que aun habia en Atenas en 1669 otro monumento llamado la *Linterna de Diógenes*. Guillet, hablando de este monumento, se vale del testimonio de los PP. Bernabé y Simon, y del de Mrs. Monceaux y Lainez. Véase la introduccion.

2 Riesdel, Chandler, etc.

3 Despues se ha ejecutado este mismo monumento en Saint-Cloud.

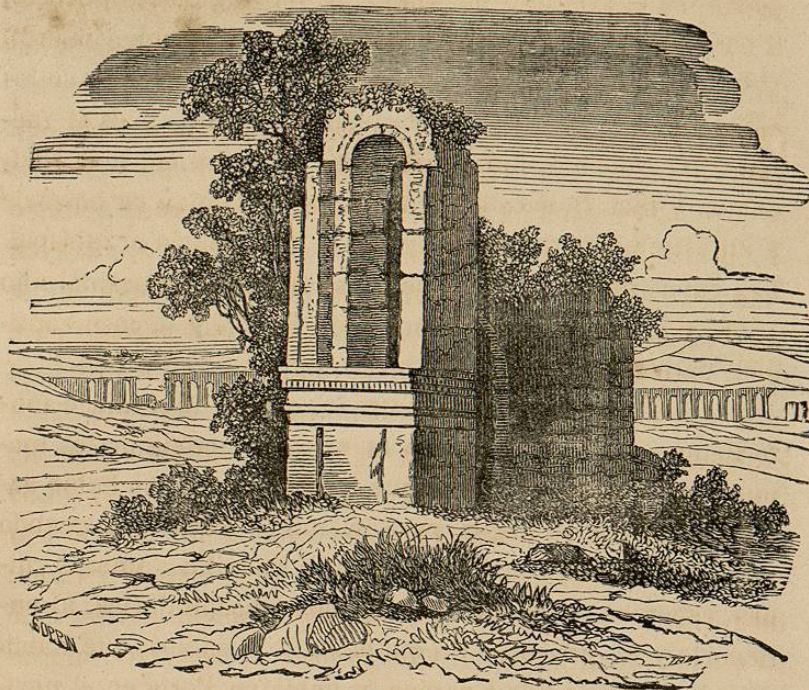
cuerta, sea por malicia, sea por efecto de la embriaguez, habiéndole encontrado en el camino de Puerto Leon, por donde iba el religioso de vuelta de ver algunos franceses, á bordo de una tartana que habia anclada en aquel puerto.

“Los padres jesuitas estaban en Atenas antes que los capuchinos, y jamás se les ha echado de allí, pues si fueron á Negroponto, fué porque aquí encontraron mas ocupacion y mas francos que en Atenas. Tenian su hospicio á un extremo de la ciudad, y cerca del palacio arzobispal. Los capuchinos se establecieron en Atenas despues del año 1658, y el padre Simon compró el Fanari y la casa contigua, para recoger en ella á otro religioso de su órden.”

A estas misiones, pues, contra las que se ha clamado tanto tiempo, debemos tambien la primera noticia de los monumentos de la Grecia antigua.¹ Ningun viajero habia salido todavía de su hogar para visitar el Partenon, cuando ya los religiosos, como desterrados á aquellas famosas ruinas, esperaban á fuer de nuevos dioses hospitalarios, al anticuario y al artista. Preguntaban los sábios qué habia sido de la ciudad de Cécrope, y habia en Paris en el noviciado de Santiago un padre Bernabé, y en Compiègne un padre Simon, que hubieran podido decírselo; pero no hacian un vano alarde de sus conocimientos, y postrados al pié del Crucifijo, ocultaban en el silencio y en la humildad del claustro lo que habian aprendido, y sobre todo, lo que habian sufrido durante veinte años en las ruinas de Atenas.

“Los capuchinos franceses, dice La Guilletiere, que han sido escogidos para las misiones de la Morea por la congregacion de *Propaganda Fide*, tienen su principal residen-

¹ Se pueden ver en las *Cartas edificantes* los trabajos de los misioneros en las islas del Archipiélago.



XIX.

cia en Napoli, porque las galeras de los beyes van á invernar allí, permaneciendo desde el mes de Noviembre hasta la fiesta de San Jorge, que es el dia en que se hacen á la mar; y como estas galeras están llenas de esclavos cristianos que tienen necesidad de ser instruidos y alentados, el padre Bernabé de Paris, que es ahora el superior de las misiones de Atenas y de la Morea, se emplea con tanto celo como provecho en una obra tan distinguida."

Pero si estos religiosos, vueltos de Atenas y de Esparta, eran tan modestos en sus claustros, seria tal vez porque no habian percibido las sensaciones maravillosas que producen los recuerdos de la Grecia; acaso no serian bastante instruidos. Pues bien, oigamos al padre Babin, jesuita, á quien debemos la primera descripcion de Atenas.

"Podríaís, dice, leer en muchas obras la descripcion de Roma, de Constantinopla, de Jerusalem y de otras ciudades mas considerables del mundo, tales como existen en el dia; pero ignoro si hay un libro que describa á Atenas en el estado en que yo la he visto, porque tampoco se podria encontrar esta ciudad, si para buscarla hoy se leyese únicamente á Pausanias y algunos otros autores antiguos; mas aquí la vereis en el mismo estado en que se halla hoy, y es tal, que aun en medio de las ruinas no deja de inspirar cierto respeto, tanto á las personas piadosas que ven sus iglesias, como á los sábios que la reconocen por cuna de las ciencias, y á los guerreros nobles que la consideran como el campo de Marte y el teatro donde los mayores conquistadores de la antigüedad han hecho ostentaciones de su valor, de su fuerza, de su audacia é inteligencia; y en fin, estas ruinas son aún preciosas, y bastan para mostrar su primera nobleza, y hacer ver que esta ciudad fué en otro tiempo el objeto de la admiracion del mundo.

“Por mi parte os confieso que al descubrirla desde alta mar con el anteojo, y al observar las muchas columnas de mármol que se ven desde lejos, y que recuerdan su antigua grandeza, no dejé de experimentar un cierto respeto muy profundo.”

El misionero pasa en seguida á hacer la descripción de los monumentos, y fué mas afortunado que nosotros, porque vió aún intacto el Parthenon.¹

En fin, esta piedad para con los griegos, esas ideas filantrópicas que nosotros tenemos el orgullo de adquirir en nuestros viajes, ¿fueron tal vez reconocidas de los religiosos? Oigamos aún al padre Babin.

“Si Solon decia un dia á uno de sus amigos, mirando desde lo alto de un monte esta gran ciudad, y observando su gran número de palacios magníficos de mármol, que aquello no era mas que un hospital grande, pero rico en verdad, que contenia tantos desgraciados como habitantes contaba la poblacion, mas motivo tengo yo hoy para hablar así, y decir que esta ciudad, edificada ya en el dia sobre las ruinas de sus antiguos palacios, no es mas que un hospital grande y pobre, que contiene tantos desgraciados cuantos son los cristianos que habitan en ella.”

Perdóneseme esta digresion; pero es sensible que ningun viajero, escepto Spon, haya hecho justicia á aquellas misiones de Atenas, tan interesantes para un francés; y aun yo misino las he olvidado en el *Génio del Cristianismo*. Chandler apenas habla del religioso que le dió la hospitalidad, y no sé si es una sola vez la que se digna nombrarle. Gracias al cielo, me siento yo superior á escrúpulos tan mezquinos; porque cuando me han hecho un favor, lo digo; no

¹ Véase la nota A al fin del tomo.

me avergüenzo por moda, ni creo deshonrado el monumento de Lysicrates porque forme parte del convento de un capuchino. El cristiano, conservando este monumento y consagrándolo á las obras de caridad, no me parece menos respetable que el pagano que lo elevó en memoria de un triunfo conseguido en un coro de música.

De este modo acabé de ver las ruinas de Atenas, despues de haberlas examinado por órden, y con la inteligencia y acierto que distinguia á Mr. Fauvel en diez años de residencia y de investigaciones. Mi apreciable huésped habia hecho aprovechar todo el tiempo que uno suele perder en tantear, dudar y buscar, cuando se llega solo á un país desconocido. De este modo habia conseguido ya ideas exactas sobre los monumentos, sobre el cielo, sol, perspectiva, tierra, mar, rios, bosques y montes del Atica, pudiendo así corregir mis trabajos, y dar á la descripción de estos lugares célebres sus coloridos locales.¹ No me quedaba mas que proseguir mi camino: mi principal objeto era, sobre todo, llegar á Jerusalem; pero ¡cuán lejos estaban aún! Avanzábase la estacion, y si me detenia mas, no llegaba á tiempo á bordo del navío que trasporta todos los años de Constantinopla á Jaffa á los peregrinos que van á Jerusalem. Tenia razon para temer que no me esperase ya en la punta del Atica mi buque austriaco, y que no habiéndome visto volver, se habia hecho á la vela para Esmirna. Consulté esto con mi huésped, y en su consecuencia me trazó el itinerario que debia seguir. Aconsejóme, pues, pasar á Keratia, aldea del Atica, situada al pié de Laurium, á alguna distancia del mar, y en frente de la isla de Zea. “Cuando llegueis, me dijo, á aquella villa, se encenderá

¹ Véanse los Mártires.

una hoguera en el monte, y las lanchas de Zea, acostumbradas ya á seguir esta señal, pasarán inmediatamente á la costa del Atica. Embarcaos entonces para el puerto de Zea, donde tal vez encontrareis el navío de Trieste: en todo caso os será fácil fletar en Zea un falucho que os transporte á Chio ó á Esmirna.”

No era para mi carácter desechar los partidos aventurados: un hombre que por presentar una obra algo menos defectuosa emprendia un viaje como el que yo estaba haciendo, no se detiene á la vista de los obstáculos ni de los contratiempos. Era, pues, preciso partir, y no podia salir de Atica mas que por este medio, pues no habia un solo barco en el Pireo.¹ Resolvíme, pues, á poner en ejecucion inmediatamente el plan que me proponia. Mr. Fauvel quiso detenerme aún algunos dias mas; pero el temor de faltar á tiempo para pasar á Jerusalem, venció toda consideracion. Los vientos del Norte solian reinar aún seis semanas mas, y si llegaba demasiado tarde á Constantinopla, me esponia á no poder ya salir.

Despedí al genízaro de Mr. Vial, despues de haberle pagado y de haberle entregado una carta de gracias para su amo. En un viaje algo peligroso, jamás nos separamos sin sentimiento de aquellos compañeros con quienes hemos vivido algun tiempo. No dejé de conmoverme, á pesar mio, al ver al genízaro montar solo á caballo, desearme buen viaje, y tomar el camino de Eleusis, que era precisamente el contrario del que yo iba á seguir. Seguíle con la vista, y pensando que iba á ver solo los desiertos que habiamos recorrido juntos; y pensaba tambien que, segun todas las

¹ Las turbulencias de la Romelia hacian peligroso por tierra el viaje á Constantinopla.

apariencias, ni el turco ni yo nos volveriamos á encontrar mas, ni nuncá oiriamos hablar uno de otro. Contemplaba el destino de aquel hombre tan diferente del mio, sus penas y sus placeres tan diversos de mis placeres y de mis penas, y esto para llegar los dos á un mismo fin y lugar: él á los cementerios grandes y hermosos de la Grecia, yo á las sendas del mundo ó en el arrabal de alguna ciudad.

Esta separacion se verificó la misma tarde que visité el convento francés, porque el genízaro estaba prevenido para que se dispusiese á volver á Coron. Luego que anocheció, emprendí mi camino para Keratia con José y un ateniense, que iba á Zea á visitar á sus parientes: este jóven griego era nuestro guia: Mr. Fauvel se empeñó en acompañarme hasta la puerta de la ciudad, y allí nos abrazamos, y nos deseamos mútuamente la felicidad de volvernos á ver en el seno de nuestra patria. Asimismo me encargué con placer de entregar una carta suya para monsieur de Choiseul; porque llevar á este viajero noticias de Atenas, equivalia á llevarle nuevas de su país.

Hice bien en salir de Atenas durante la noche, porque si hubiera sido de dia, no me habria sido posible dejar sus ruinas sin experimentar un doloroso sentimiento; y como Agar, no veia al menos lo que perdía para siempre. Solté las riendas, y siguiendo al guia y á José, que caminaban delante, me dejé arrebatado de mis reflexiones, y durante todo el camino me preocupó una ilusion bastante estraña. Figurábame que se me habia concedido la soberanía del Atica, y que yo hacia publicar por toda Europa que todos los que se hallaban fatigados por las revoluciones y deseaban la tranquilidad, viniesen á establecerse en las ruinas de Atenas, donde yo les ofrecia paz y seguridad: que abria caminos, edificaba aldeas y preparaba todo género de comodi-